

LORENZO DE' MEDICI

LOS
ME
DI
CI
MI
FAMILIA



Ariel

Lorenzo de' Medici

Los Medici

Mi familia

Ariel

Primera edición: mayo de 2025

© Lorenzo de' Medici, 2025

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3883-5

Depósito legal: B. 7.565-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

Índice

<i>Dramatis personae</i>	13
<i>In illo tempore</i>	19
¿Una historia demasiado personal?	21
El peso del pasado	24
Una epopeya literaria	26
Mis abuelos	32
<i>Mamma</i> (1908-2001)	55
Últimos años en Italia	60
Papá (1908-1986)	63
Una vida nómada	72
Suiza	76
Simenon	81
Un encuentro privado en la Zarzuela	82
Mis primeros años en España	87
Mis últimos años en Portugal	89
El último de' Medici	91
El primer de' Medici	94
El Renacimiento: la Edad de los Medici	96
Lorenzo il Magnifico (1449-1492)	103
Días funestos: el exilio de los Medici	113
Giuliano II, duque de Nemours (1479-1516) y Lorenzo II, duque de Urbino (1492-1519) ...	125
Leone X (Giovanni de' Medici, 1475-1521)	131
Clemente VII (Giulio de' Medici, 1478-1534)	160

Alessandro, duque de Florencia (1510-1537), y el cardenal Ippolito de' Medici (1511-1535) ..	191
Caterina de' Medici, reina de Francia (1519-1589)	199
Cosimo I de' Medici, el primer gran duque (1519-1574)	232
Leone XI (Alessandro de' Medici, 1535-1605)	237
Pío IV (Giovanni Angelo Medichino): el falso papa Medici (entre 1559 y 1565)	240
Los grandes duques de Toscana: de Francesco I a Ferdinando I	242
Maria de' Medici (1575-1642): reina de Francia	244
Claudia de' Medici, archiduquesa de Austria (1604-1648)	276
Los grandes duques de Toscana: Cosimo II y Cosimo III.	279
Vittoria della Rovere, gran duquesa de Toscana (1622-1694)	285
Gian Gastone de' Medici (1671-1737), el último gran duque	288
Anna Maria Luisa de' Medici, electora palatina (1667-1743)	308
Sucesión al trono de Toscana	332
El tiempo del olvido: de los Lorena al fin de la Toscana austríaca	346
Las relaciones consanguíneas de los Medici con las demás casas reales europeas	350
La última generación.	355
Mi testamento literario	357
<i>Notas bibliográficas</i>	361
<i>Créditos de las imágenes</i>	365

¿Una historia demasiado personal?

Hablar de la propia familia puede ser una muestra de cariño hacia tus antepasados, especialmente cuando intentas recordar a tal o a tal otro, pero, en mi caso, es un ejercicio más complicado, por el simple hecho de que hablo de una de las dinastías más conocidas e influyentes del mundo. Tengo que cuidar cada palabra, para no correr el riesgo de incurrir en un malentendido o provocar una mala interpretación. Si te pones en el ojo del huracán, tienes que abrazarte con fuerza al señor Maquiavelo y seguir sus consejos. Me he resistido mucho antes de empezar a escribir. El principal motivo es que me daba recelo traicionar la legendaria discreción de la familia, aunque la principal razón, si debo ser sincero, es el miedo a no estar a la altura de mis ancestros y dilapidar, con un simple libro, un legado que se ha procurado mantener intacto a través de los siglos. Para mí, y creo que puedo hablar por mi hermano también, llevar este apellido ha sido casi siempre una carga, a veces incluso demasiado pesada. Me refiero en especial al periodo de mi adolescencia, cuando me negaba a ser considerado una persona «diferente». Me daba vergüenza que la gente supiera quién era y me señalase con el dedo, o que mis compañeros de clase me odiasen porque pensaban, falsamente, que yo era el preferido de los maestros y profesores. Es verdad que me trataban de otra manera. Si a un compañero lo llamaban por su nombre, a mí me decían señor de' Medici. Cuando

tienes catorce años, te molesta, y no poco. Para paliar esta situación, decidí llevar durante unos años el apellido de mi madre en lugar del paterno, y afrancesar Lorenzo para llamarme Laurent. Hoy en día, sigo teniendo amigos que me llaman así.

Uno de los motivos que me animó a escribir este libro es también el hecho de que, a pesar de todos los que se han publicado en los últimos dos siglos, ninguno ha mostrado una visión desde dentro. Es lo que he intentado hacer esta vez, preservando, por supuesto, la intimidad de mis familiares más cercanos. Tampoco pretendo exponer solo el lado más benévolo de mis antepasados ni reescribir la gran historia. Lo que sí quiero es contarla desde una óptica distinta.

Uno de los ejemplos más emblemáticos es quizá el de Caterina de' Medici, reina de Francia y una figura clave en la política europea del siglo XVI. También fue madre de tres reyes de Francia (Francisco II, Carlos IX y Enrique III) y una destacada mecenas de las artes, conocida por su influencia en la gastronomía, la moda y la arquitectura de su época. Además, jugó un papel crucial en los conflictos religiosos entre católicos y protestantes en Francia. Tal vez por eso, durante siglos, la soberana fue descrita como una mujer malvada, ambiciosa, con fama de envenenadora y asesina. Nada más falso. En los últimos años, se ha vuelto a redescubrir a ese personaje a través de los centenares de cartas que escribía. Le dedico un capítulo más adelante. Me enerva que los malos rumores se mantengan y que hoy en día se la siga tratando como a una persona cruel en películas o series de televisión, como la reciente titulada *La reina serpiente*. Por supuesto, muchos acontecimientos y aspectos han sido ocultados con deliberación, pero es la ignorancia (o la falta de documentación) la que en varias ocasiones ha generado el halo negativo que rodea a numerosas figuras de la Casa de' Medici. La historia y las leyendas van de la mano.

A menudo, cuando un periodista me entrevista, me pregunta si hay algún secreto de la familia que pueda contar.

Me hace sonreír. Por supuesto que los hay, pero está claro que no los voy a contar; ¿qué tendrían de secreto si los contara?

De todas maneras, no es que haya tenido una relación de amor y odio con mi familia. Simplemente, he tenido que aceptar que, por el apellido que llevo, nunca seré como cualquier ciudadano. Me di cuenta de eso cuando tenía más o menos diez años.



Fig.1. Yo a los catorce años.

El peso del pasado

Llevar un nombre y un apellido ilustres no ha sido siempre un camino de rosas. Como he mencionado, durante algunos años hasta me avergonzaba; mi juventud fue especialmente dura. De hecho, no poder moverme sin despertar cierta curiosidad o sin total imparcialidad me fastidiaba. Recuerdo, por ejemplo, que los profesores que venían a casa, antes de que mi hermano y yo fuéramos enviados al colegio, recibían severas indicaciones sobre cómo comportarse con nosotros, así como sobre el tipo de instrucción que debían impartirnos. Instrucciones que recibían de mis padres y de mis abuelos. Naturalmente, era indispensable conocer a fondo la historia de nuestro linaje, hasta los mínimos detalles, cosa que nos horrorizaba y que no dejaba espacio a anécdotas o leyendas que hubieran podido confundir nuestra integridad. Nos recordaban todo el tiempo que no éramos una familia normal y corriente y que, en consecuencia, no podíamos comportarnos en público como si lo fuéramos. Idea de la que, personalmente, siempre he disentido, aunque debo admitir que en cierta medida tenían razón, pues la gente no nos mira como miraría a cualquier otra persona. En el fondo, siempre hay un atisbo de curiosidad.

Puede sonar raro a quien no esté familiarizado con este tipo de condición. Pero es cierto que el simple hecho de llevar un apellido demasiado famoso puede generar situaciones especiales, y a veces incluso embarazosas. A menudo me

ha pasado que me han presentado a desconocidos que, al conocerme, tenían ciertas expectativas, cosa del todo natural, aunque algunos lo nieguen. No sé si me he comportado siempre como se esperaba de mí o si no he cumplido sus expectativas. Lo que sí sé es que siempre me he comportado en armonía con mi carácter.

Por ejemplo, siendo mi familia especialmente conocida por su mecenazgo y su contribución al arte, es lógico pensar que soy un experto en la materia; sin embargo, eso no es cierto. Me gusta el arte, pero no con la pasión o con la rendición que se podría esperar de un Medici. A decir verdad, no me han gustado nunca las imposiciones, y mucho menos en lo que a gustos se refiere. Volviendo a las expectativas de la gente, me viene a la cabeza la famosa frase que se atribuye a Sigmund Freud: «Hay en nosotros tres personalidades: la que la gente ve, la que nosotros creemos ser y la que somos realmente». Añadiré que, en el último caso, lo importante es no tomarse demasiado en serio.

Leo Castelli, que de arte sabía mucho pues era uno de los mayores galeristas del mundo, enseñándome una revista que lo describía como «el nuevo Medici del siglo xx», me dijo riendo: «¿Ves, Lorenzo? Te estoy robando el puesto». Tenía razón. Solo que yo aquel puesto no lo quería.

Lo que quería era ser libre de buscar mi camino, libre de contar, libre de escribir.

Una epopeya literaria

He aquí la historia de un nombre que intenta huir de su apellido y de una familia que ha sabido sobrevivir a su propio pasado. Qué duda cabe que es imprescindible conocer el papel desempeñado por esta familia para poder entender su importancia; por qué, aún hoy en día, es sinónimo de gran prestigio, magnificencia y mecenazgo.

La influencia de la dinastía Medici tuvo una importancia determinante en la historia de Europa y gracias a sus iniciativas se pudo verificar la evolución desde la oscuridad de la Edad Media hasta la Ilustración del siglo XVIII. Para entender realmente por qué los Medici permanecen en la actualidad tan vinculados a la historia es necesario tener una visión, quizá incluso limitada, de cómo era el mundo de entonces y de cuál fue el papel que esta familia desempeñó para contribuir a modificarlo. Solo entonces se podrá entender por qué los Medici han tenido un impacto tan grande en el arte, la geopolítica y el comercio que continúa resonando hasta el día de hoy.

Sobre los Medici se ha escrito muchísimo, razón por la que se ha perdido la cuenta de aquellos que, en los últimos seiscientos años, han quedado fascinados por ellos; pues lo cierto es que esta familia ha sabido estimular, más que ninguna otra, la imaginación de quien ha entrado en contacto directa o indirectamente con ella. Es evidente que nuestro nombre estará unido para siempre al Renacimiento, a la

Toscana y, en concreto, a Florencia. Y lo estará toda la eternidad, ya que, con donaciones que superan todos los límites de la imaginación, generación tras generación, los Medici han transformado la que fue capital de su señorío en la ciudad reconocida hoy universalmente como una de las cunas mundiales de la cultura, del arte y, por extensión, de la historia cultural de Occidente.

Además de ofrecer una versión sintetizada, en la medida en que me sea posible, de la historia general de la dinastía, he optado por describir tan solo a algunos de sus personajes, de los cuales unos son muy conocidos y los otros casi desconocidos por el gran público; a este respecto, debo confesar que estos últimos son mis preferidos.

No obstante, si con esta obra lograra despertar en el lector cierta curiosidad, un deseo de saber más sobre el tema, habré alcanzado mi objetivo. Consultando la enorme bibliografía que en los últimos siglos se ha dedicado a mi familia, se puede aprender mucho de la historia, el mecenazgo y el arte del Renacimiento, que tanto influyó en los siglos que vinieron después. Está claro que si los Medici han conseguido ser tan famosos a través de los siglos, hasta el punto de justificar que su historia se enseñe en las escuelas y en las universidades, por algo será.

En este libro he procurado seguir el orden cronológico en lo que a la historia de mi familia se refiere. En este sentido, explico sus orígenes, incluyendo algunos apuntes sobre su nombre y heráldica, dedicando una serie de capítulos a personajes por los que siento una simpatía especial, como Anna Maria Luisa y sus donaciones al Estado de Toscana, así como una breve introducción al Renacimiento que permita situar mejor los hechos. Explico anécdotas que se han producido en la sucesión al trono gran ducal; por qué no fue elegido un miembro de la misma dinastía para suceder al último gran duque mediceo, Gian Gastone I, quien fue sustituido a su muerte por el miembro de una nueva dinastía, la de los Lorena. Asimismo, he tratado de hacer asequibles

las complicadas e imbricadas relaciones consanguíneas de la Casa de' Medici con las demás casas gobernantes.

Enseguida propongo un repaso por nuestra historia desde 1700 hasta hoy. Se trata de algo que no se cuenta en los libros de historia. Explico lo que les ha sucedido a las últimas generaciones, las inmediatamente anteriores a la mía, cerrando el siglo xx con recuerdos que he ido fijando en los últimos años sobre mis padres y mi infancia. Se trata del testimonio de acontecimientos vividos y conocidos de primera mano, relatos escuchados en casa, así como anécdotas de pequeños acontecimientos cotidianos. Debo decir que he omitido voluntariamente ciertos nombres de personas, de lugares y de pueblos. Lo he hecho por deferencia hacia las distintas ramas de la familia, que tienen derecho a su vida privada, tanto por los vínculos de parentesco que me unen a ellas como por el profundo respeto que me infunden las personas que viven hoy en los lugares donde se desarrollan los hechos.

Para escribir este libro, al no querer confiar solo en mi memoria, sobre todo en lo que atañe a las fechas y a la cronología de los hechos, me he servido de varia bibliografía dedicada a mi familia, de historiadores y escritores más relevantes. De hecho, en mi biblioteca tengo unos cuantos centenares de esos libros, por lo que resultaría imposible mencionarlos todos. He tratado, pues, de anotar, siempre con el máximo rigor, cualquier referencia a otros libros en las notas; ciertamente por considerarlo una obligación moral, pero también para invitar a quien estuviera interesado a consultar el texto original. La bibliografía de los Medici se compone de alrededor de unos mil títulos. Tan solo he consultado unos cuantos, por lo que es probable que haya olvidado alguna obra significativa; si es así, me excuso por adelantado con el autor y el lector culto. Dejando de lado raras excepciones, muchos de los libros de historia aquí citados tienen en común una característica peculiar: en ellos se escribe sobre los Medici como si se tratara de una dinastía

extinguida. Esta singularidad se debe a que sus autores se han dedicado a referir solo los hechos que conciernen a las dos ramas principales de la familia, los llamados «históricos». Efectivamente, son estos los que han dado mayor fama a la familia y la trayectoria de estas dos ramas concluye en 1743, con la muerte de Anna Maria Luisa de' Medici, a quien dedico un capítulo.

Pero esta denominación de «familia extinguida» no es del todo correcta desde el punto de vista puramente genealógico, y me parece obligado recordarlo aquí. Lo cierto es que las ramas que han sobrevivido hasta hoy no están del todo separadas de las llamadas «históricas». Como veremos, los matrimonios cruzados con primos de las ramas colaterales, es decir, consanguíneas, ponen de manifiesto que los actuales componentes de la familia de' Medici son, a todos los efectos, descendientes directos de Lorenzo il Magnifico o del papa Clemente VII.

Sin querer considerarla una ligereza por parte de estos escritores, me parece necesario, en beneficio de la mayor exactitud histórica, que esta afirmación de «familia extinguida», hecha un poco a la ligera y de forma demasiado generalizada, sea enmendada.

En el momento de la llamada «extinción de la familia» corría el año de gracia de 1743, en que murió Anna Maria Luisa de' Medici, última de la rama «gran ducal». En aquella época la familia estaba compuesta por al menos otras seis ramas colaterales, todas emparentadas entre sí y con el indiscutible vínculo común de tener el mismo origen. Cuatro ramificaciones, ahora distintas entre ellas, han sobrevivido hasta nuestros días. No existen, que yo sepa, nuevas relaciones consanguíneas entre nosotros. Trescientos años de distancia del último pariente común en ciertos casos, y muchos más en otros, contribuyen a hacer de nosotros unos completos desconocidos los unos para los otros. Al redactar su testamento, Anna Maria Luisa, la «última» de los Medici, recordó, en cambio, mencionar como uno de sus beneficiarios al

que consideró su pariente más cercano, Piero Paolo de' Medici, a quien hago referencia más adelante. Eso significa que si ella hubiera sido realmente la «última» Medici, no habría podido hacerlo.

En la historia de las dinastías europeas ha ocurrido en varias ocasiones que, una vez extinguida la rama reinante, le sucede en el trono la más cercana, aunque esto signifique un cambio en el nombre de la dinastía. Pero eso nada tiene que ver con la extinción de la familia, en el sentido genealógico del término, ya que al último familiar le sucedía el pariente más cercano. Este no es nuestro caso, pues el apellido siempre ha seguido siendo el mismo, Medici, y ha ido pasando de varón en varón, de generación en generación. Naturalmente, eso no significa que no debamos reconocer, por fidelidad a la exactitud histórica, que las ramas citadas como «extinguidas», las llamadas «gran ducal» y de «il Magnifico», no sean en efecto las principales.

No es mi intención abrir ninguna polémica con esta afirmación. Es evidente que buena parte de los autores se interesaron en exclusiva por los hechos históricos de las ramas que tomaron en consideración y no por una panorámica más amplia y genealógica. Sin embargo, opino que la genealogía, siendo una ciencia exacta, estrechamente vinculada a la historia, es una fuente de información demasiado valiosa para no ser tenida en cuenta.

Debo decir también que en el texto a menudo se hace referencia, además de al papa, a diversos soberanos de Europa y al emperador. Por emperador se entiende, naturalmente, el único que había en la época en Europa, el jefe del Sacro Imperio Romano, que era elegido por una asamblea de príncipes electores alemanes, cuyos dominios se extendían entre Alemania y Hungría, incluyendo Bohemia, Austria y distintos territorios situados en el norte y centro de la actual Italia. A lo largo del siglo xvi, los Habsburgo transformaron el proceso electoral en un acto simbólico, ya que la sucesión se efectuaba de padre a hijo en orden de

primogenitura. Además, en la persona de Carlos V, citado varias veces en el texto, confluyeron también, mediante los derechos de sucesión, las coronas de los distintos reinos de España y sus posesiones europeas y ultramarinas; pero esta es otra historia.